

Viaje al fin de la noche

Pieza en un acto

MARÍA SAN MIGUEL

A mi padre, el luchador incansable.

Y a mi madre, la guerrera silenciosa

Presentación

Viaje al fin de la noche es la tercera pieza de la trilogía en la que llevo trabajando desde 2010, sobre el proceso de paz en nuestro país. Es, como *Proyecto 43-2* y *La mirada del otro*, las obras que la preceden, una pieza de teatro documental.

Este hermoso proyecto, que podríamos considerar mi ópera prima, me cambió la vida de manera inconsciente pero instintiva.

Las dramaturgias que componen esta trilogía han nacido del mismo lugar, de una investigación a pie de campo en el País Vasco, conociendo y entrevistando a las personas cuya vida iba a trasladar a la escena. El mosaico físico y sonoro obtenido de estos encuentros es la base de mi escritura, aunque también utilizo documentación periodística, libros, ensayos, películas y música que me ayudan a contextualizar, entender y completar la valiosísima información obtenida en los encuentros con los protagonistas de los hechos que llevo a escena.

Viaje al fin de la noche es una pieza que tiene entidad por sí misma (no hace falta que quien se acerque a ella conozca las obras que la preceden), pero también dialoga con toda la información que he obtenido en los anteriores procesos de investigación y creación.

No sé si he aprendido a contar lo que está ocurriendo en el País Vasco y Navarra, pero sí que he puesto empeño en seguir buscando más allá, tanto en la indagación como en el ensayo y la puesta en escena.

Este texto es la base del espectáculo que estrenaremos antes de que salga a la luz la primera edición de este libro. El viaje que emprendemos a través de la dramaturgia en la sala de ensayos me permitirá volver a sus entrañas; completar, revisar, actualizar, con las aportaciones del equipo artístico y el latido de la escena, esta pieza que ahora se dispone a leer.

Esta trilogía sobre *Euskadi, la convivencia con el Otro y la memoria colectiva* se ha escrito siempre en presente continuo, al hilo de los acontecimientos. Siempre digo que me (nos) ha modificado como persona(s) y como artista(s).

Cuando desarrollaba el trabajo de investigación del que nacería *Proyecto 43-2* (primera pieza que después dio nombre a la compañía), me contaron que ETA anunciaría en breve el cese definitivo de la violencia. Lo hizo el mismo día que yo escribía las conclusiones de la tesina que albergaba esta primera dramaturgia (que comencé a escribir junto a Julio Provencio).

Las entrevistas que realicé entonces para el proyecto fueron grabadas en audio, nadie se atrevía a regalarme sus testimonios delante de una cámara de vídeo casera. Había miedo a hablar. O a la memoria. No lo sé. Porque al mismo tiempo que me pedían que sus testimonios no quedaran registrados, abrían su corazón y cada encuentro duraba un mínimo de dos horas y media.

Con *La mirada del otro* viví el cambio social que se estaba generando desde hacía unos años, marcado por la ausencia de violencia directa. Ninguno de los participantes se negó a sentarse delante de la cámara (esta vez ya con un equipo profesional). Incluso hubo quien solicitó que así fuera. En su momento me pareció un acto de valentía, porque algunos habían pasado por la cárcel y sabían que su testimonio quedaría retratado para siempre como el de alguien que cometió delitos de sangre.

Este proceso de investigación me generó muchísimas preguntas y modificó algunas de mis creencias relacionadas con la reinserción, la segunda oportunidad y el encuentro con el Otro. Aprendí que *somos* a partir de la reflexión que nos provoca conectar con los Otros, incluso con el Otro más lejano a nosotros. Ese es el que realmente nos generará un cambio y nos hará llegar más lejos, no de inmediato, pero sí con el paso del tiempo y la memoria de ese encuentro.

Aprendí también que el ser humano es infinito. Y fui consciente de la labor social (e incluso histórica y de justicia poética) que estábamos ejerciendo sobre las tablas contando los encuentros restaurativos

que se llevaron a cabo en 2011, dentro de la cárcel de Nanclares de la Oca (Álava), gracias a un programa de mediación.

Viaje al fin de la noche comenzó igual que las dos primeras obras de esta trilogía: por pura intuición.

Las diferentes conexiones con el mundo vasco, y la gira y las vivencias que nos ha proporcionado *La mirada del otro* en España y Colombia, junto con el trabajo que vengo desarrollando con Isaki Lacuesta, me llevaron a los hijos y las hijas de la violencia. Primero, por una cuestión generacional, y después por un interés sobre la herencia, la memoria y el dolor que genera siempre la violencia.

Ha sido el proceso de investigación más confuso y apasionante de los tres. La realidad volvió a atravesarme con la noticia del desarme de ETA y pude vivirlo en primera persona. Ser testigo de los cambios sociales de mi país y poder trabajarlos desde aquello que más amo, el teatro, me hace sentir una privilegiada.

Como decía, las entrevistas que he realizado para desarrollar esta dramaturgia me han generado muchísima confusión. Otra vez las preguntas, las dudas sobre lo ya aprendido, sobre las creencias, y una enorme responsabilidad que nace de la conexión emocional con los participantes.

El material obtenido (y aquí incluyo también el sensorial, ese que no aparece en el vídeo ni en el audio, el que se vive en la piel) ha sido ingente. La labor de síntesis y las decisiones sobre lo que incluía en esta pieza y de qué manera han sido muy complejas. Por eso este trabajo no acaba aquí, en el papel. Una parte imprescindible de las consecuencias de este proceso de investigación lo viviré(mos) en la escena.

Lo que aquí se cuenta es universal. El dolor, la violencia, la memoria y el amor lo son. Mueven el mundo y nos construyen.

Espero que estas páginas de encuentro con los Otros sirvan para modificar, aunque sea mínimamente y a nivel íntimo, la conducta de quien lo lee. Es la única manera en la que podremos construir una verdadera sociedad en paz: mirándonos en el Otro, buscando la forma de caminar juntos.

El primer gesto revolucionario es llamar a las cosas por su nombre.

Rosa DE LUXEMBURGO

En las profundidades del invierno finalmente aprendí que dentro de mí habitaba un verano invencible.

Albert CAMUS

Viaje al fin de la noche

Personajes

EDURNE: *Mujer vasca de unos 35 años.*

EDUARDO: *Hombre vasco de unos 40 años.*

Pieza de teatro documental concebida para ser interpretada por una actriz y un actor de una edad similar a la de los personajes.

Duración aproximada: 70 minutos.

1. LOS RECUERDOS

Hay una gran kupela¹ de más de dos metros de diámetro al fondo del escenario. El suelo está cubierto de tierra de color oscuro. Hay dos banquetas redondas de madera maciza al lado de la kupela. Los elementos forman un dibujo bello, limpio y equilibrado que recuerda a una típica sidrería guipuzcoana.

La luz de trabajo está encendida, también la de sala.

De fondo, se escucha una melodía suave mezclada con un sonido que evoca el mar.

Mientras el público accede a la sala, el actor y la actriz juegan al “tú la llevas” por el espacio delimitado por la tierra a la vez que van diciendo cosas que hacían con sus padres cuando eran pequeños y adolescentes (son las que se enumeran a continuación pero podrían ser otras). Se divierten.

La actriz y el actor improvisarán en función de la rapidez con la que el público entre en la sala.

Esta acción continúa cuando todo el público ya está sentado.

Cuando se cierre la puerta de sala, la actriz y el actor irán abandonando el juego y el movimiento para entrar en la evocación de ese recuerdo.

Se apaga lentamente la luz de sala.

Las últimas frases las intercambian a menor velocidad.

Ir a jugar al parque.

Ir al cine a ver la nueva película de dibujos animados.

Preguntar en el coche, nada más subir, ¿cuánto queda?

Preguntar qué hay de comer hoy.

¹ Típica barrica de madera de las sidrerías vascas.

Lentejas.

¿Lentejas? ¡Yo no quiero comer lentejas!

Lentejas, si quieres las comes y si no, las dejas.

Pedir que, por favor, por favor, por favor, me cuente otro cuento más.

El beso de buenas noches.

Aupa! ¡A levantarse! Vas a llegar tarde al cole.

Ir a una exposición de El Greco en Toledo.

Ir a la playa un domingo por la mañana y que llueva.

Ir al monte un domingo por la mañana y que llueva.

Hacer cola para comprar las entradas para el concierto de Ruper Ordorika.

Ir con mi padre a comprar cromos esperando que por fin me toque el de Zubizarreta.

Ir a ver todos los partidos de balonmano de aquí y de los alrededores.

Organizar cumpleaños multitudinarios en la playa con cartelitos, invitaciones personalizadas y listado de juegos por horas.

Pedirle como regalo de cumpleaños un coche teledirigido.

Jugar a ver quién dice más rápido un trabalenguas: *Akerrak adarrak okerrak ditu / adarrak okerrak akerrak ditu / adarrak akerrak okerrak ditu / okerrak adarrak akerrak ditu.*

Que me tape con la manta y el edredón hasta la boca en las noches de invierno.

Ir con ellos de chiquiteo por los bares.

Ver juntos la tele por la noche, hasta pronto los días de colegio y hasta más tarde en el fin de semana.

Romperte los pantalones y que te pongan unas rodilleras.

Decirle que quiero aprender a tocar el saxofón.

Ir al supermercado y sentarme dentro del carrito, aunque ya no quepo.

Hacernos fotos con la cámara de carrete y que salgan todas veladas.

Ir de vacaciones fuera de Euskal Herria.

Ir de vacaciones a algún lugar dentro del País Vasco.

No ir de vacaciones, pero quedarnos hasta tarde jugando en la calle las noches de verano.

Ir al monte a ver vacas.

Recoger conchas en la orilla del mar.

Bucear agarrada al cuello de mi padre en la playa.

Esperar en la terraza de casa a que pase el camión de la basura.

Montar en el topo. Hacer una parada y volver. Eso sí, solo me valen los trenes antiguos que hacen mucho ruido, así que siempre hay que esperar a uno viejo, tarde lo que tarde.

En primavera, ir a coger hojas de morera para los gusanos de seda.

Probarme el traje para salir a tocar con la banda que me ha hecho con la nueva máquina de coser.

Enseñarme a leer.

Hacer juntas los deberes.

Que me venga a buscar al colegio.

Que me lleve al médico porque me he puesto enferma y me ha subido la fiebre.

Que me lleve al médico porque me he roto el brazo jugando al fútbol en el recreo.

Que me cuide cuando tengo varicela.

Ir a tomar chocolate con churros al Boulevard los domingos por la tarde.

Escuchar música en el coche.

Con cinta de casete. Las cintas del verano: Bruce Springsteen.

Sade.

Ry Cooder.

Prefab Sprout.

Serrat.

Rocío Jurado.

¿Rocío Jurado?

Caerme al suelo, hacerme un poco de sangre en las rodillas, empezar a llorar muchísimo y que me abrace fuerte y después me diga: “Cura, sana, culito de rana, si no te curas hoy te curarás mañana”. Y se me pase todo el drama.

Que me firme las notas y vea que progresas adecuadamente, o no.

Que me eche la bronca.

Pedirle que me deje ir a dormir a casa de una amiga.

Contarle que me ha bajado la regla, que me da mucho asco y que tengo mucho miedo.

Reírnos porque me está saliendo pelusilla en el bigote.

Hacerme la mayor.

Hacerme el mayor.

Y aun así, pedirle que me abrace fuerte porque las tormentas me siguen dando muchísimo miedo.

Abrazarle y sentir que no hay peligros en el mundo si está a mi lado.

Quedarme dormido en su regazo, como cuando era pequeño. Aunque sea más mayor.

Que me lleve en brazos a la cama...

Toma protagonismo la melodía que antes se escuchaba de fondo.

La luz de trabajo ha desaparecido y ahora hay una luz tenue que ilumina toda la escena en tonos cálidos.

La actriz se queda en primer término, con el foco. El actor está en segundo término. La mira y escucha.

2. EDURNE

*Permanece en silencio, escuchando el mar, con los ojos cerrados.
Abre los ojos. Tiene un cuaderno grande de tapas naranjas, duras.
Mira al horizonte. Respira. Lo abre y lee:*

EDURNE.— “14 de junio de 2016. Ya estás aquí.

Hubiera sido hermoso contarte que naciste en una noche estrellada, pero no. Llovía. *Txirimiri*. Pronto te acostumbrarás a él. Es una de las señas de identidad de nuestra tierra.

Ha sido un parto fácil. O eso han dicho la comadrona y el ginecólogo. Yo no tengo ni idea... Tenía tanto miedo... Miedo de que pudiera pasarte algo, de no hacerlo bien, de no estar a la altura... No estábamos solas. Jon, *aita*, estaba con nosotras. Fuerte, tranquilo, ya le irás conociendo. Con esa mirada que hace que todo parezca estar bien. No voy a olvidar cuando te he tenido entre mis brazos por primera vez. Estabas ahí, con nosotros, tan chiquita... Bienvenida al mundo, Lorea”.

Cierra el cuaderno. Vuelve a mirar al mar.

¿Te acuerdas? El último día que vine te conté que quería escribir un diario para Lorea. Esto lo escribí en su primera noche en el hospital. A ti te contaron cómo había sido mi nacimiento y ahora te estoy contando yo el de mi hija, el de tu nieta.

Mientras le escribía esto a Lorea, no podía dejar de imaginarte aquella noche de octubre de 1979 en Iparralde, cuando Joseba te contaba cómo había ido todo.

“Están las dos perfectamente. Tienes una hija preciosa, Iñaki. Es clavada a ti”.

Cuenta Joseba que en cuanto te dijo eso te pusiste a reír, le abrazaste y buscaste una botella de vino para brindar. Y que después

saliste a comprar *txuleta*, saltándote todas las precauciones. Para celebrar.

“Tener una hija sí que es revolucionario, Joseba”.

A mí antes no me lo parecía, pero ahora... ahora te veo en las fotos y nos parecemos muchísimo, *aita*.

Mirándome al espejo es más fácil imaginarte.

Y esa alegría tuya es la que yo quiero transmitirle a Lorea.

Celebrar. Celebrar constantemente la vida.

Yo no quería que fuera un niño. Tampoco quería que naciera en julio, como tú.

No quería relacionarlo contigo en eso, *aita*, para que no cargase...

Para que no cargase con todo aquello que no pudo ser.

Y ya has visto. Se adelantó. Casi un mes. Y es una niña...

A veces digo: “Mi hija no va a conocer a su *aitite* como yo no conocí a mi padre”. Ni tú vas a conocer a mi hija, que es lo que más pena me da.

Pero algún día le hablaré de quién era Iñaki, le hablaré sobre todo de que yo no te conocí, que te mataron.

Todavía hay días que lloro pensando en ti.

Y luego hay otros días que lloro.

Sin saber por qué.

A veces tengo la sensación de que no voy a terminar de llorar nunca.

En la carpeta que tengo en casa con tus escritos y tus poemas hay uno en el que dices: “Las batallas más duras están en lo personal. No en lo político ni en lo social. Es en lo personal donde te vienen las contradicciones, donde te viene el dolor... Ahí es donde está lo duro de la vida”.

Y es verdad, da igual lo que ocurra en todo este universo...

Todas las dudas, las preguntas sin respuesta, los lugares sin nombre están dentro de nosotros.

Hará un par de meses, estando en terapia, el terapeuta me dijo: “Tranquila, Edurne, que tu hija tiene un padre”. Me puse a llorar,

pero de una manera que... Era algo que yo quería que tuviese mi hija. Algo que no sabía hasta qué punto me daba miedo que dejase de tener...

Crecer sin padre... Y sin una madre.

Porque tú nunca estuviste. Pero *ama*, *ama* sí que estaba, pero no estaba con nosotras. Y yo solo quería estar con ella. Me daba igual dónde, Iparralde, Bilbao...

Crecer con esa ausencia es estar triste todas las noches.

Pienso en Amaia.

Con apenas seis años ya ejercía de hermana mayor.

Se metía en la cama conmigo y me decía: "Dime un título", y ella improvisaba.

Se inventaba cuentos y yo me dormía escuchándola.

Abrazándola fuerte, para que ella no se escapase nunca de mi lado.

Porque era muy normal, era mi vida y no conocía otra cosa, pero al mismo tiempo me daba cuenta de que eso no era nada habitual, que la gente a mi alrededor tenía madre, padre, vivían en casa, y a lo sumo se habían separado los padres. No pasaban más cosas.

Y yo quería ser normal. No quería sentirme diferente.

Quería ser normal.

Y entonces volvió *ama*.

Ama, que no sabía cuál era nuestra comida favorita, qué número de zapatos gastábamos o si nos gustaba ir al cine los domingos por la tarde.

Volvió *ama*. Y tiramos para delante, como si nada.

Con ese grito mudo que nos estaba partiendo por dentro.

Veo las fotos de aquellos años a esta parte y ahora estamos más guapas.

Más alegres. Menos vacías.

Siempre le digo a *ama* que el cáncer que tuvo fue durísimo y que le ha dejado unas secuelas terribles, pero que, dentro de lo duro que fue, fue de lo mejor que me ha pasado.

Me ayudó muchísimo a poder estar con ella.

A querernos.

A estar en silencio.

A hablar de ti.

A cocinar juntas.

A estar a diario.

Nunca habíamos tenido momentos para ello, nunca había habido tiempo.

La gente lo hace habitualmente, yo lo hago ahora con Lorea, pero nosotras... para nosotras la vida había sido sobrevivir.

Sobrevivir con mucho dolor.

Con demasiados silencios.

Venía a contarte sobre Lorea. Y sobre ti.

De hecho, ya le he contado de ti un poco en este diario que le estoy escribiendo.

Le cuento quién es su familia, cómo he vivido yo el embarazo, su nacimiento...

Su pequeña vida.

Entonces se lo he contado.

Muy por encima, porque lo importante ¿qué es?

Que Iñaki no está.

Que lo mataron, que no te pude conocer, que ella tampoco te va a conocer, pero que estoy segura de que te hubiera encantado conocerla porque eras muy alegre, te gustaban mucho los niños...

Le he contado uno de los pocos recuerdos que tengo, que, bueno, en realidad no sé si es un recuerdo real o lo he construido yo en mi cabeza a partir de las veces que me lo ha contado la *ama*. Yo tenía un año y medio.

Por eso he querido contárselo a ella.

Poco antes de que te mataran, un día que estábamos comiendo juntos los cuatro, Amaia se enfadó, no sé por qué, y tiró el plato al suelo. Y el plato se rompió. Y tú, en vez de reñirle, lanzaste también el tuyo. Y después seguí yo. Acabamos jugando a romper la mitad de la vajilla contra el suelo.

Así es como quiero que ella te conozca.

Al Iñaki con el que yo tengo una conexión más en lo más profundo.
En cómo eras con nosotras, quién eras para *ama*, la música que te gustaba o aquel poema que me escribiste antes de que yo naciera.
Ama, cuando habla de ti nunca es sobre la lucha armada. Nunca. Nunca.

En la lucha armada es donde te quieren encajonar, y no es eso.
Yo donde me encuentro contigo es en otros caminos, el de la lucha armada no lo he podido seguir.

Tampoco he querido.

Fue algo duro, difícil y doloroso para ti.

Porque mataste.

No sé cuántos mataste.

No lo sé.

Pero sé que viste morir también.

Que se te murió un compañero en los brazos.

Y eso no es fácil.

Sabías que matar tenía consecuencias, que no era algo frívolo.

Yo necesito saber que para ti no era así.

No le puedo contar mucho más. Es que no importa.

Yo no quisiera que mi hija viviera algo así. No quisiera.

Si conoce tus vivencias y conoce las consecuencias, que ella elija.

Lo que no puedo hacer es decirle: “Fue un héroe. Esto es lo mejor del mundo”. Porque para mí no lo ha sido.

Puedo decirle que eras una gran persona.

Poco más.

Eso es lo que yo quiero transmitirle a Lorea. Es lo que ella necesita.

No necesita un héroe, necesita un *aitite*.

Porque es lo que ha perdido. Lo que no ha tenido...

3. EDUARDO

EDUARDO.— Conocía perfectamente la ruta que hacía cada sábado por la noche.

Qué bares visitaba.

A qué discotecas del polígono solía ir a emborracharse.

La hora exacta del amanecer a la que, tambaleando, volvía a su casa.

Todo.

Me sabía todo de memoria.

Era el plan perfecto.

Esperarle a oscuras, agazapado en la parte trasera de su coche a eso de las cuatro de la mañana, cuando cerraban la Aquarius y él se disponía a ir a la Roof para acabar la noche.

Golpearle con el bate.

Meterle en el coche y llegar a la fábrica.

Allí estarían Andoni y Ramón, esperándome en la puerta que da acceso a los altos hornos.

Depositaríamos su cuerpo en la cuchara en la que cargamos el hierro y la volcaríamos. 1.700 grados de cocción.

No quedaría nada.

Lo tenía todo preparado.

Y dos amigos que me ayudarían y se callarían para siempre.

No solo era lo insoportable de tu ausencia.

En cierto modo, después de tantos años, y aun pensando en ti cada día —cada día—, había aprendido a vivir con ella.

Era su amenaza. Su presencia.

Verlo en la calle.

Que se pegara a mi espalda en los semáforos, en el bar.

Que respirase al *aita* en la oreja...

Y que nos disparase perdigones estando asomados a la ventana del salón.

No podía más.

Yo sabía hasta dónde llegaba su locura, pero él no iba a saber nunca hasta dónde llegaría la mía.

No hay derecho.

Primero te arrebatan a tu madre, y después ¿tengo que vivir así? Perseguido. Acosado. Insultado. Por el asesino.

No lo hice.

Hice clic.

No sé ni cuándo ni cómo.

Había pensado unas cuantas veces en suicidarme. Quitarme de en medio y acabar.

No podía. Tenía mucho odio, muchísimo.

Odiaba todo lo que tenía que ver con el euskera.

Desde los quince años que dejé de hablarlo, lo odiaba. Recuerdo perfectamente el día que fui a hablar con la directora del instituto y le dije que yo a Euskera no iba más, que todo lo demás lo aprobaría, pero que el euskera no me lo pidiera porque no.

Me marché porque no podía vivir más aquí.

Le dije a Uxue que me iba.

Ella me pidió un par de días y yo le dije que ni un par de días ni nada.

“Edu, por favor te lo pido”.

Vendimos el piso que teníamos aquí y nos fuimos.

Después quise volver.

Volver a mi tierra.

La tierra en la que tú viviste.

En la que te mataron.

Me he preguntado muchas veces cómo lo pasarías en aquel momento.

Si pudiste volver a hablar.

Solo lo sabe el *aita*.

Lo único que me contó fue que cuando llegaste al hospital no tenías casi pecho, con lo gordita que eras y todo el pecho que tenías...

Y que él se quemó entero de intentar apagarte.

En primavera se le siguen despellejando las manos.

Me encantaría poder decirle: “¿Cómo lo pasó la *ama*? ¿Qué dijo?”.

Posiblemente no dirías nada.

Si *habrías* vivido te hubieras quedado totalmente vegetal porque tenías el 95 por ciento del cuerpo quemado.

O sea, todo quemado.

Te habrías quedado ciega, todo.

Nunca me he atrevido a preguntarle nada al *aita*. Porque, igual, el querer saber yo le hace daño. Y bastante dolor debe de tener él como para hacerle más yo al preguntarle.

Me lo callo y ya está.

No hemos hablado del atentado nunca.

Y con Mayte tampoco.

Han pasado ya veinte años y en casa nunca hemos hablado.

Sí que hablamos de ti, por ejemplo de cuando íbamos a la arboleada, o cuando organizabas las excursiones al monte con las mujeres y todos los hijos y las hijas, y comprabas vino y gaseosa para vosotras y zumos para nosotros. Que con 12 años ya queríamos probar lo que bebían las madres. Y no había manera... ¡Menudo genio tenías tú! “Cuando tengáis nuestra edad y seáis madres, ya os tocará. Mientras tanto, a callar y a jugar al monte”.

De eso sí hablamos.

Pero de esto...

Esto no se ha tocado nunca.

Yo les entiendo a ellos.

Les remueve.

Lo llevan en silencio.

Yo sé que el *aita* lo ha pasado muy mal.

Muy mal.

Y que te echa mucho de menos todos los días de su vida.

En Navidades sobre todo.

Y ahora, cuando llega la época del atentado.

Yo soy de carácter más como tú, *ama*, ya lo sabes.

En cambio, el *aita*...

El *aita* es el típico vasco cerrado, reservado...

Y desde el atentado se cerró mucho más en él. Mucho más.

Ojo, a nosotros no nos ha faltado de nada nunca. De nada.

Solo... nos ha faltado un padre.

A mi madre me la quitaron y a mi padre... también.

A los niños les inculco que la persona más importante de su vida es su *ama*.

Que lo tengan claro.

Les digo: “La *ama* lo va a dar todo por ti. Todo. Yo también lo voy a dar, pero posiblemente la *ama* lo haga sin ninguna condición”.

Para mí, tú representabas eso.

Mi amiga, mi confesora, todo.

Mi pilar.

Y quiero que para ellos sea así también.

Hace dos días le expliqué a la mayor lo que te había pasado.

Llevaba tiempo pensando cómo decírselo. Siempre ha venido a las celebraciones del aniversario y sabe que la *amona* está en el cielo. Pero ya tiene siete años y, además de que yo quería contárselo ya, tenía miedo de que escuchara algo la semana que viene en el aniversario, o que se enterara en el cole o por otra persona en la calle. Yo qué sé.

Así que, aprovechando que estábamos en el parque los dos solos, se lo confesé.

Y la reacción fue la esperada.

Un ataque de pena, de rabia, de mucha rabia.

Estuvo llorando veinte minutos.

Pero luego se serenó, me preguntó muchos detalles de ese día, muchísimos, una pasada. Le dije que, si quería saber algo más, que me preguntara ayer, hoy...

Que si tenía alguna duda yo le diría la verdad, porque ella me cuenta las cosas del cole, y esto es lo que pasó y ella tiene que saberlo.

Que hay veces que hay buenos y otras hay malos, y que a su *amona* la mataron con un cóctel molotov.

Yo le dije que nosotros no odiamos.

Que nosotros crecemos felices, que es como te hubiera gustado a ti, y que aquello pasó hace mucho tiempo, cuando yo era muy joven. Me quedé aliviado.

Lo quería compartir con ella.

Es un pacto, si ella comparte conmigo las cosas del cole, yo tenía que contárselo.

Los niños lo aceptan todo que es una pasada.

Hoy es el día en que ella y su hijo juegan cerca.

En el parque.

No te voy a decir que juegan juntos, pero juegan cerca.

Y no descarto que un día hasta jueguen juntos o sean amigos.

Yo no le voy a decir a mi hija: “No juegues con ese niño”.

Nunca.

Ese niño no tiene la culpa de lo que ha hecho su padre.